

“Y

P Vivieron felices
Por siempre”



Dirección Ejecutiva de
Educación Cívica y Capacitación Electoral

INSTITUTO ELECTORAL DE QUERÉTARO

texto:

Adela González Cruz Manjarrez

Ilustración:

Gabriela Hernández Rojas

Diseño y Formación

Alejandro Jiménez García

Primera Edición, abril de 2005

© Instituto Electoral de Querétaro

Carrizal no.11, Col. Carrizal, Querétaro, Qro.

Tels. 2 15 28 29, 2 15 48 50

Bambú no. 10, Col. Carrizal, Querétaro Qro.

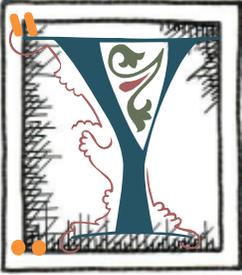
Tels. 2 16 16 04, 2 15 64 53

pag. web: www.ieq.org.mx

Ciudad de Querétaro

Distribución Gratuita

Prohibida su Venta



vivieron felices por siempre". Elisa miró con ternura la sonrisa dibujada en los labios de su hermana menor al quedarse dormida. Dio vuelta a la última página del cuento infantil; al cerrarlo, observó pensativa la imagen de la portada: el príncipe, montado sobre un hermoso caballo blanco, dirigiéndose al castillo para salvar a la princesa después de haber vivido interesantes aventuras y vencido incontables obstáculos en su camino; la princesa, emocionada, agitando su brazo desde la ventana de la torre.



Recordó cuando de pequeña su mamá le contaba el mismo cuento a la hora de ir a la cama; le encantaba imaginarse como una princesa esperando al apuesto príncipe. Recogió las muñecas que Adrianita había dejado en el suelo y las acomodó en una caja, después repasó la lección para su examen de matemáticas y se acostó.

Al día siguiente, como de costumbre, la levantó la voz de su mamá que gritaba desde la cocina:

-Apúrate Elisa, se te va a hacer tarde para la escuela.

Salió del cuarto y mecánicamente comenzó a poner la mesa mientras su mamá terminaba de preparar el desayuno. Cuando su papá y su hermano aparecieron ya estaban los platos servidos.

-¿Cómo van esas calificaciones? -preguntó su padre.

Elisa y su hermano intercambiaron una mirada nerviosa.

-¡Contesten! Les está hablando su padre -

intervino su mamá.

-Bien -respondió Elisa-, aunque los exámenes han estado algo difíciles. En el que creo que me va a ir mal es en el de matemáticas.



-Y a mí -dijo Diego-, pero es porque no he podido estudiar mucho. Ya ves que he tenido entrenamientos con el equipo de futbol.

-Sí, en realidad para ti ha sido pesado -justificó su padre-; pero tú no tienes pretexto Elisa, debes esmerarte más.



-Tu padre tiene razón hija, ya quita esa cara y ayúdame a recoger la mesa porque se les hace tarde.

Su padre y su hermano se levantaron del comedor y la esperaron de pie, mientras comentaban las noticias deportivas del periódico. Después, Elisa y Diego caminaron hacia la escuela; su tema de plática fue el campamento que se organizaría por el fin de cursos.

-¡Me muero de ganas de ir! -dijo Elisa emocionada-. ¿Tú no?

-Pues no sé; me da flojera. Son varios días y tengo juego de fut.

-Ándale Diego, ivamos! Se me hace que si tú no vas mi papá no me dará permiso de ir sola.

-La verdad, no sé. Convéncelo, a lo mejor sí te deja.

Al entrar a la escuela cada uno se dirigió a su salón de clases.

-¡Hola Mariana! -saludó Elisa-. ¿Estudiaste para el examen?

-Regular, ¿y tú?

-Casi nada. Es que le ayudé a mi mamá a cuidar a Adrianita y no me deja concentrarme; siempre quiere que esté jugando con ella o leyéndole cuentos.



-No importa, ya sabes cómo es el profesor de Mate, si le ruegas tantito te sube puntos. Con los muchachos es muy estricto, pero dice que a unos ojos bonitos no les puede negar nada. ¡Aprovéchate!

-La verdad prefiero sacar baja calificación. Me molesta que sea tan llevadito y sus bromas pesadas.

-Allá tú, como quieras. ¡Suerte!

-¡Igual!

A Elisa se le hizo difícil el examen por lo que fue de las últimas en salir. Al entregarlo le dijo el profesor:

-¿Qué pasó Elisita? ¿No estudiaste? ¡Qué pena que una mujercita así de linda vaya a reprobar!

Ella reprimió su coraje y no le respondió.

Antes de buscar a Diego pasó a las oficinas para recoger la carta que su papá debía firmar autorizándola a ir al campamento. De regreso, Diego y Elisa conversaron sobre los exámenes.



Al entrar a su casa notaron que algo malo había ocurrido. Sus padres estaban sentados en la sala con un muchacho un poco mayor que ellos. Su mamá les explicó con voz preocupada:

-¿Recuerdan a su tía Chayo? Probablemente no, porque estaban pequeños cuando se fue a radicar lejos de aquí y dejamos de frecuentarnos. Él es Joaquín, su primo; salúdenlo.

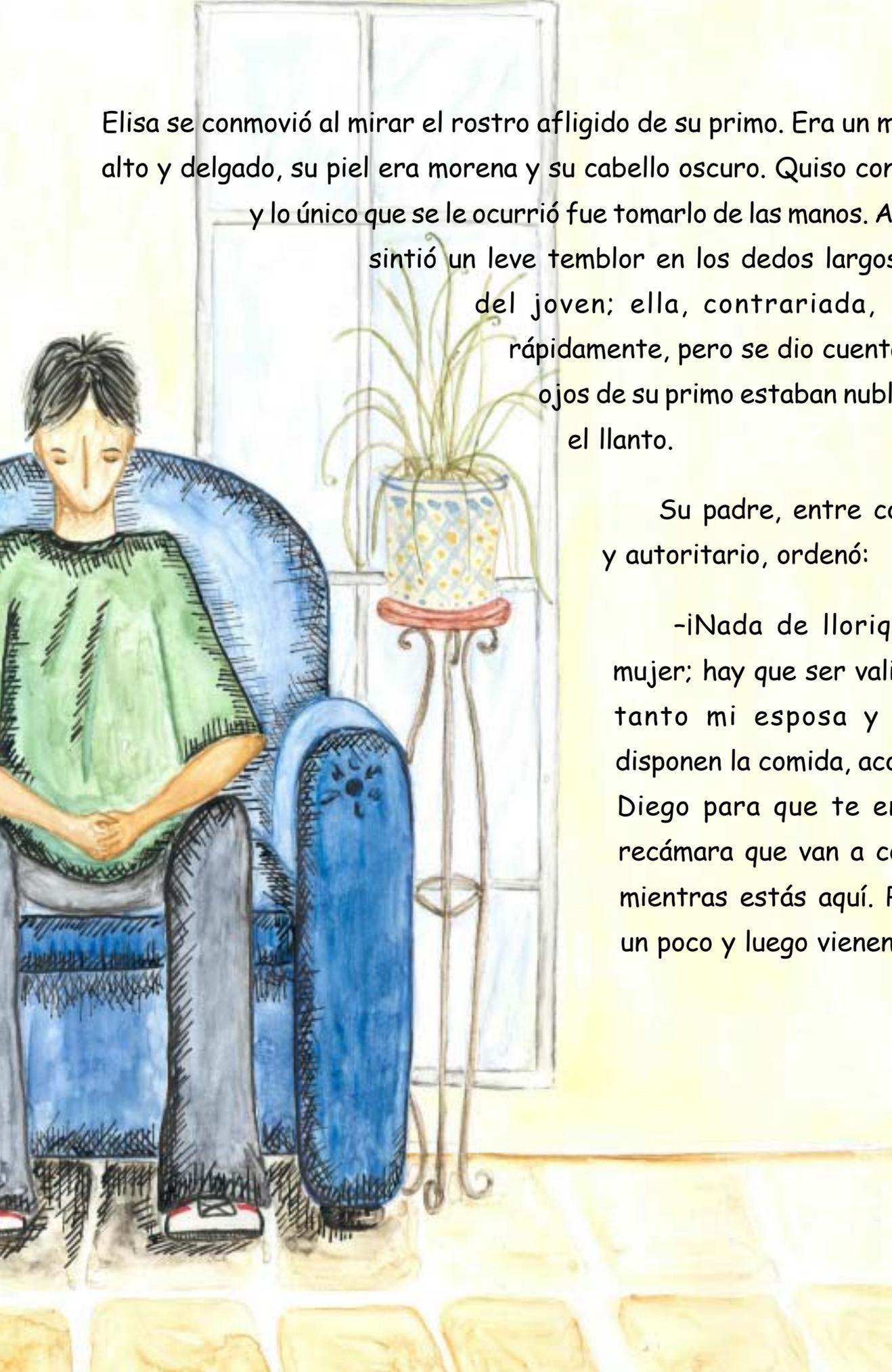
Fíjense que vino para avisarme que desde hace tiempo mi hermana no ha estado bien de salud y desea que vaya a verla. Como no puedo partir de inmediato porque tengo que arreglar unos asuntos, le pedí a Joaquín que se quede con nosotros un par de semanas y luego me iré con él. Ustedes procuren que se sienta cómodo.



Elisa se conmovió al mirar el rostro afligido de su primo. Era un muchacho alto y delgado, su piel era morena y su cabello oscuro. Quiso confortarlo y lo único que se le ocurrió fue tomarlo de las manos. Al hacerlo sintió un leve temblor en los dedos largos y finos del joven; ella, contrariada, lo soltó rápidamente, pero se dio cuenta que los ojos de su primo estaban nublados por el llanto.

Su padre, entre compasivo y autoritario, ordenó:

-¡Nada de lloriqueos de mujer; hay que ser valiente! En tanto mi esposa y mi hija disponen la comida, acompaña a Diego para que te enseñe la recámara que van a compartir mientras estás aquí. Platiquen un poco y luego vienen.



Durante la comida su mamá se pasó hablando de lo buena que era la tía Chayo; Adrianita, ajena a la familia, jugaba a la casita con sus muñecas y los demás se apresuraban a comer para evadir la tensión del ambiente.

Elisa estaba inquieta. Tenía que llevar la carta firmada o perdería la oportunidad de ir al viaje escolar. Sabía que era el peor momento para tratar el tema, pero se armó de valor:

-Papá, te quiero pedir permiso.

-¿Para qué? -preguntó, dejando de comer.

-Para ir a un campamento que organiza la escuela por el fin de cursos y...

-¿Un campamento? Esos viajecitos son pretextos para que las parejas de novios vayan a divertirse sin el control de sus padres.

-No papá, irán los maestros de la secundaria con nosotros. Vamos a acampar y habrá muchas actividades: remar en el río, recolectar insectos, escalar...

-¿Y tú para qué quieres acampar, escalar o remar en el río? ¡Eso déjasele a los hombres! -gritó alterado.

Elisa se quedó callada. Quería decir tantas cosas que no lograba articular palabra. Tragó saliva para no demostrar su impotencia y quiso hacer un último intento:

-¡Pero, papá....!

Ante la situación, su mamá olvidó a la tía y, como siempre, asumió su papel de mediadora en las discusiones familiares.



-No te alteres, deja que la niña vaya. Cuando se case ya no podrá ir a esas cosas porque tendrá que atender a su familia. No es que yo me esté quejando, pero... Además, la puede acompañar Diego.

-¿Yo? ¡No puedo! Tengo partido de fut.

-¿Ves mujer? Él no puede perder el partido. ¡Definitivamente no va!

En ese momento se oyó una voz pausada:

-Tío, si me tienes confianza, yo con gusto acompaño a Elisa.

Las miradas de todos se dirigieron hacia el invitado. El padre de la joven no supo qué hacer ante la inesperada propuesta.

-Pues...éste...bueno..., creo que no hay problema. Si tú quieres...

-Gracias tío. La cuidaré bien; te lo prometo.

Elisa no supo si estaba agradecida con Joaquín o molesta por tener que viajar acompañada por un pariente que acababa de conocer. En eso pensaba cuando vio sorprendida que su primo, en lugar de salir con su hermano y su papá a conversar con los vecinos, comenzó a recoger la mesa y luego tranquilamente se acomodó en el suelo para jugar con Adrianita.



El día del campamento los alumnos se reunieron en la entrada de la escuela para abordar el autobús. Al ver llegar a Elisa con Joaquín, sus amigas bromearon:

-¡Presenta a tu primo, Elisa!

-¡Yo también quiero me cuiden!

Aunque él sonreía, su mirada era triste. Al subir le dijo:

-¿Dónde quieres sentarte? Si prefieres estar con alguna de tus amigas me voy a otro asiento.

-Claro que no, podemos sentarnos juntos -contestó apenada.

El camino se le hizo muy corto pues conversaron animadamente. Joaquín le dijo que era hijo único; le confesó que siendo niño su padre los había abandonado y que su madre lo había sacado adelante con mucho esfuerzo, por eso la admiraba tanto y representaba lo más importante para él.



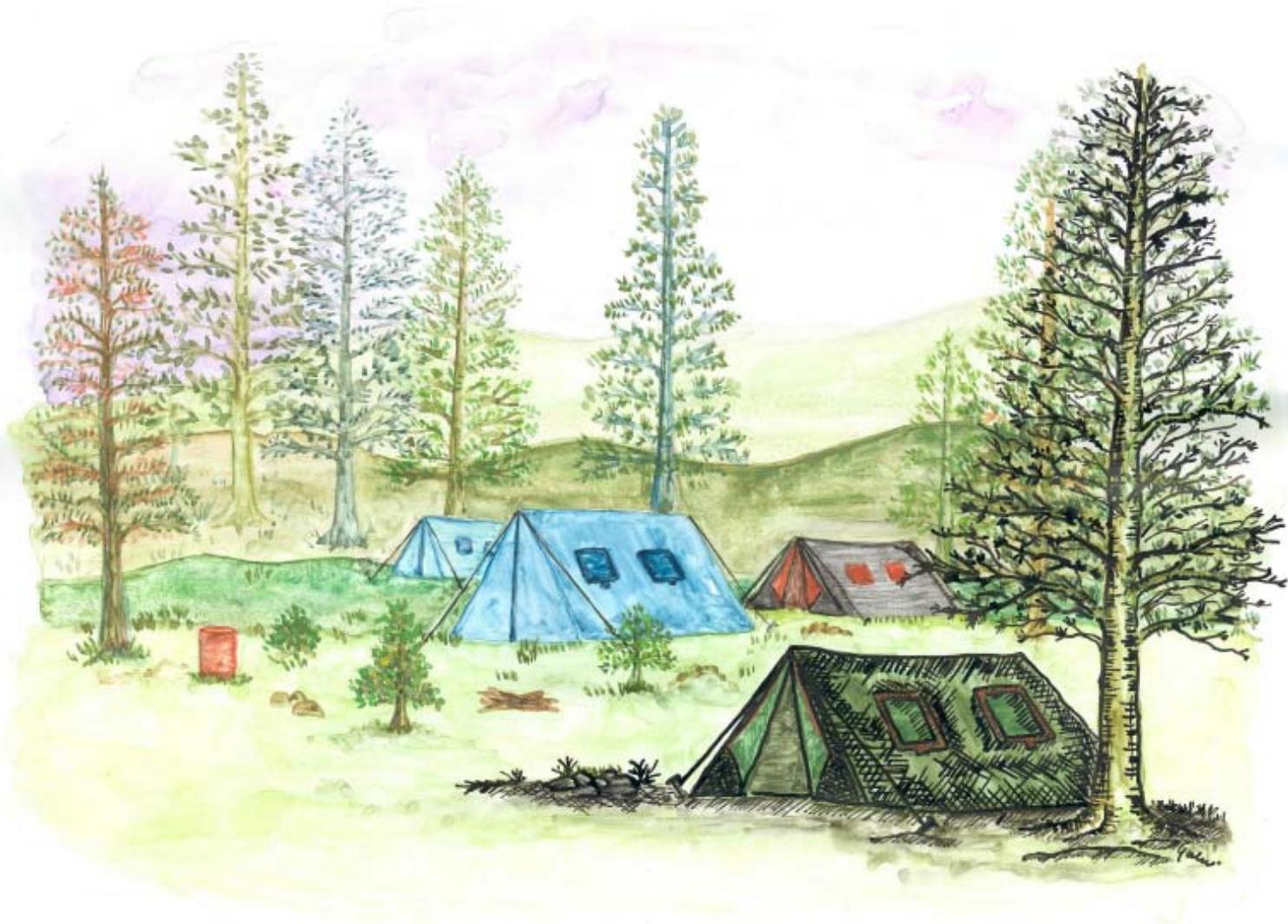
Le contó que había aprendido electrónica para aportar dinero a su casa, pero que lo apasionaba el piano y deseaba dedicarse a la música. Elisa le comentó que sería enfermera porque sus padres decían que era una carrera propia para las mujeres, pero le reveló que le encantaría estudiar ingeniería mecánica.

-¿Para arreglar motores? Suena interesante -opinó Joaquín.

-Sí, pero es imposible. Ni siquiera se lo he dicho a mis amigas. Imagino la cara de mi padre al decir: "¿Mi hija trabajando con máquinas? ¡Nunca!" Un día se lo insinué a una de mis maestras y me aconsejó preocupada: "Piénsalo bien Elisita, es muy pronto para saber lo que quieres. Me parece que estás desorientada". Así que mis ilusiones se quedarán enterradas y terminaré atendiendo enfermos.

-¿Sabes qué pienso? Los que te rodean pueden poner obstáculos, pero si no intentas alcanzar tus metas la única perjudicada serás tú misma.





En ese momento el autobús se detuvo pues había llegado a su destino. Los maestros que coordinaban el campamento organizaron a los estudiantes: las mujeres debían encargarse de limpiar la zona y de distribuir los víveres; los hombres acarrearían leña y levantarían las tiendas de campaña. Cada grupo asumió sus funciones y creó una barrera invisible de acuerdo a la división del trabajo. Elisa observó que la actitud de Joaquín era inusual, pues en lugar de limitarse a hacer lo que le habían asignado, iba y venía con libertad: parecía que le daba lo mismo acomodar leños y arreglar un transmisor, que separar los comestibles o ponerle fundas a las almohadas. Durante la noche los alumnos se reunieron alrededor de la fogata para narrar historias de terror y comer salchichas asadas.

Los maestros aprovecharon para repartir información de las actividades recreativas en el campamento.

-¿Cuáles te llaman la atención, prima? -preguntó Joaquín.

-Voy a participar en la recolección de insectos, en la pesca y...

-No respondiste a mi pregunta: ¿cuáles te llaman más la atención?

-Me gustaría ir a explorar las cuevas, escalar el cerro, cruzar el puente colgante del río -contestó Elisa y los ojos le brillaban de emoción-; pero los maestros dicen que esas actividades son peligrosas.



-¿Y no te crees capaz?

-Sí, pero...

-En la lista no dice que se prohíba ir a las Mujeres, ¿verdad?

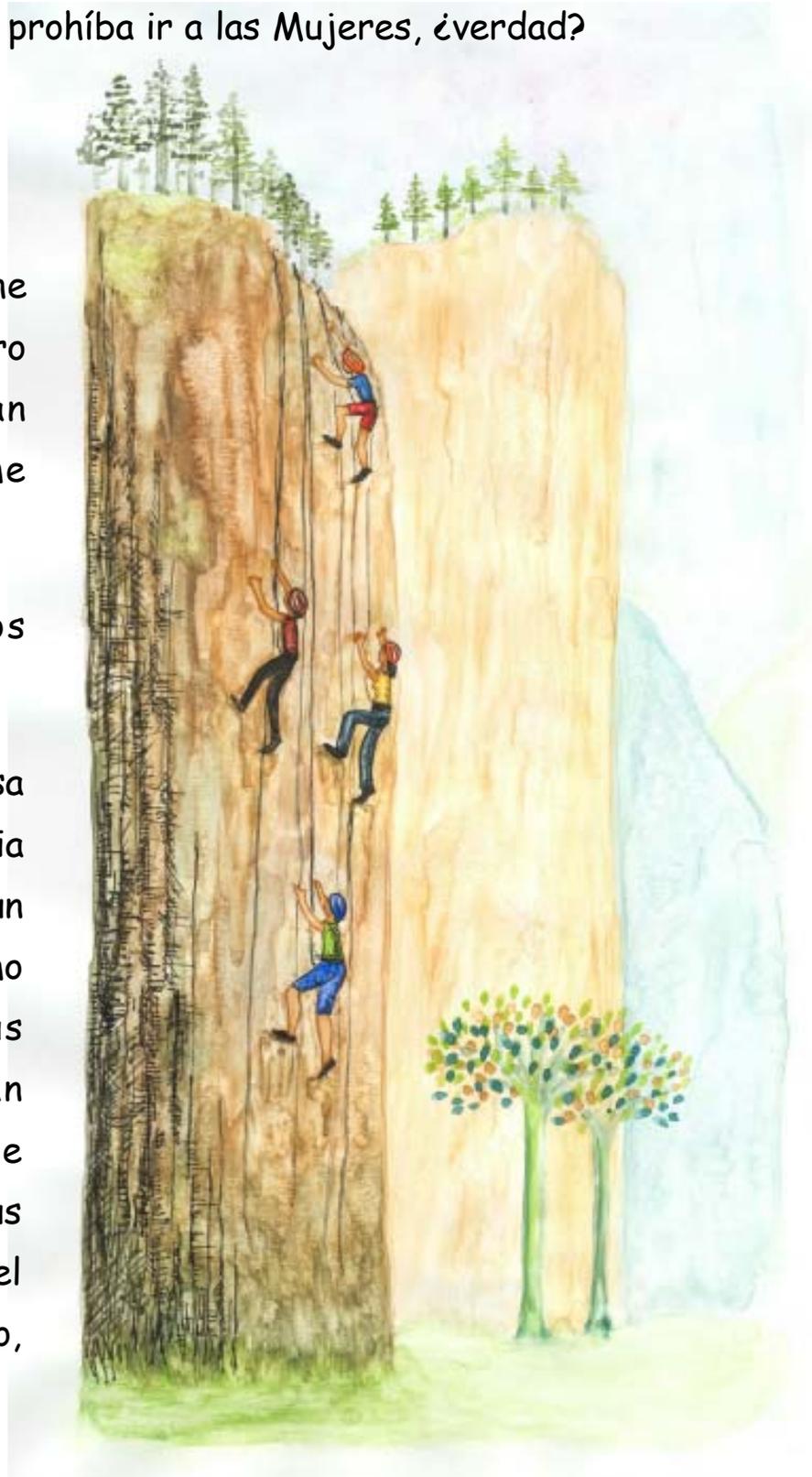
-No, pero...

-¿Pero?

-Tienes razón. Siempre he querido participar en ellas, pero no se acostumbra que vayan mujeres; y como tampoco me atrevo a ir sola...

-Pues entonces vamos juntos.

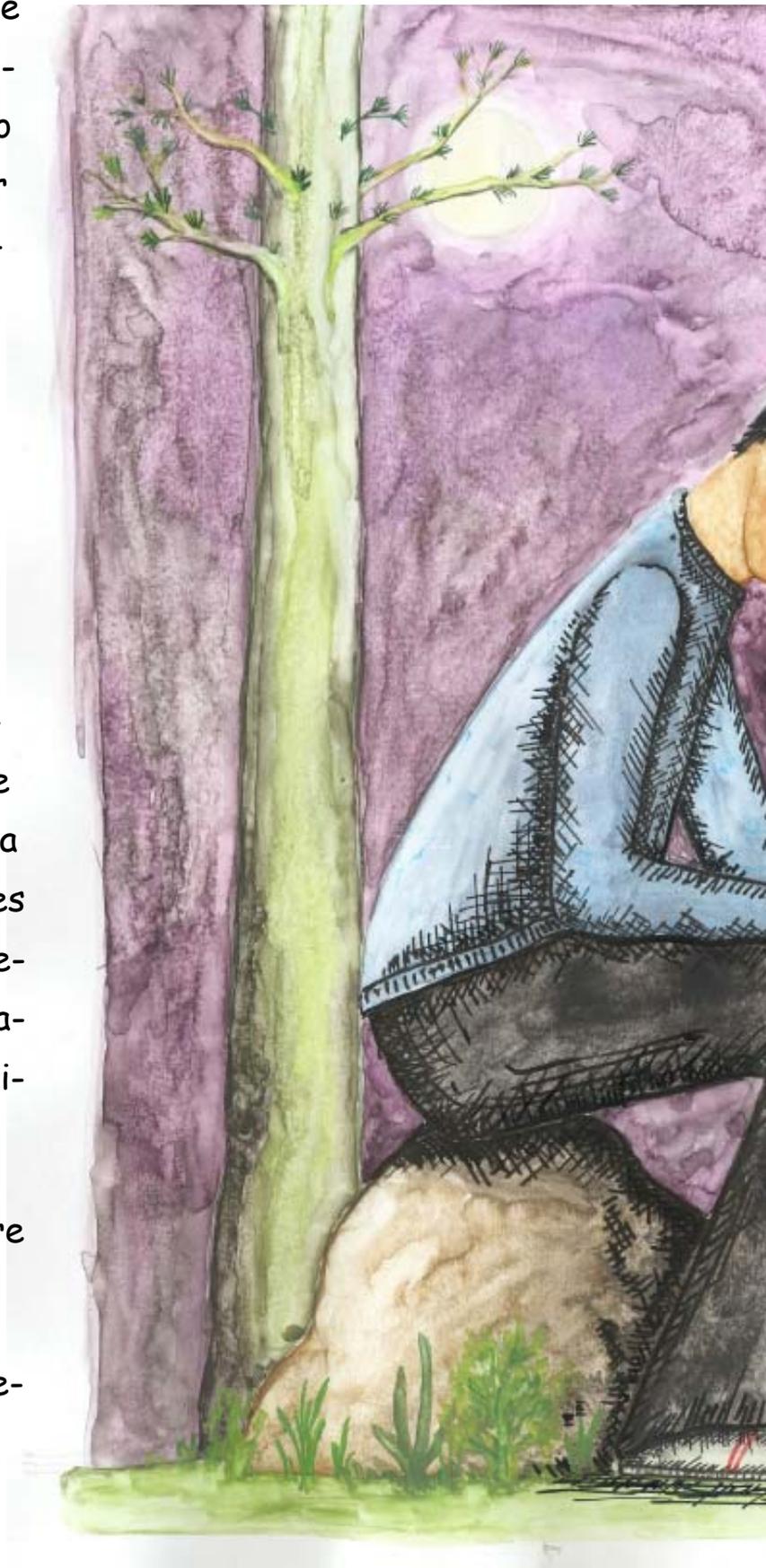
Este campamento fue para Elisa un viaje increíble: cada vivencia representaba una aventura y un reto. A pesar de su entusiasmo notaba el rechazo de sus compañeros ya que la hacían sentir como intrusa; también le afectaba la recriminación de sus amigas por haberse separado del grupo. Su primo, por el contrario, no reparaba en las críticas.



Una noche, durante la fogata, un maestro se acercó a Joaquín y le pidió que lo acompañara. A corta distancia se detuvieron para hablar. Elisa estaba intrigada y nerviosa, lo que menos deseaba era haberle ocasionado un problema a su primo. Como el campo sólo estaba iluminado por la fogata, no le era posible distinguir algún gesto que le permitiera adivinar lo que sucedía. De pronto, Joaquín se despidió y los vio separarse. «Lo corrieron por mi culpa», pensó angustiada. Esperó un rato y como no apareció se levantó a buscarlo. Alejado del grupo, sentado sobre una piedra, reconoció a su primo. Al aproximarse lo vio llorando silenciosamente. Elisa sintió un nudo en la garganta pues presentía la razón de su desconsuelo. Se agachó y lo tomó de las manos, que le temblaban como la primera vez.

-Me acaban de avisar que mi madre está grave -murmuró.

-Lo siento mucho, Joaquín. Me appena verte así.



-No te aflijas, no me da vergüenza expresar mis sentimientos. -Fue calmándose poco a poco-. Me tengo que ir, prima. Cuando mi tío llamó para

que me dieran la noticia, le dijo al maestro que tú te quedarías para regresar con el grupo, pues únicamente faltan dos días.

-¿Y tú? -preguntó nerviosa la joven.

-Me voy de inmediato para estar con mi madre. Trabajaré y estudiaré música. Probablemente, con el tiempo, seré pianista.

-Gracias por todo, Joaquín, te extrañaré. Eres una persona muy especial.

-Haz lo imposible por lograr tus metas.

-Lo haré. Ojalá que pronto nos volvamos a ver.



Cuando Elisa bajó del autobús su padre y hermano la esperaban para ayudarla con las maletas.

-Tu madre tardará unos días en regresar. Fíjate que está muy triste porque tu pobre tía falleció. El que resultó un desagradecido fue Joaquín, porque a pesar de que se quedó solo no quiso venirse a vivir con nosotros.

-Es que era algo rarito -intervino Diego-; seguro te diste cuenta. Cuando estábamos en el cuarto se ponía a escuchar música clásica y nunca quiso ir conmigo al fut. Aparte de eso, ¿te acuerdas que el día que llegó casi llora como mariquita?

Su papá sonrió aprobando el comentario de Diego.

-Se me olvidaba, hija -recordó-, tu mamá te dejó una lista con los pendientes y los cuidados de Adrianita.

El resto del camino Elisa no prestó atención a la plática. Estaba cansada. Cuando entraron a la casa su hermanita corrió para abrazarla.

-¿Me cuentas un cuento y me acompañas hasta que me duerma? -le rogó.
-Ve hija -accedió su padre-, debes estar agotada. Ya mañana harás lo que te encargó tu mamá.

Elisa leyó despacio el cuento infantil que tantas veces había tenido en sus manos. Al terminar observó pensativa la portada: el príncipe acercándose al castillo montado sobre un hermoso caballo blanco, después de haber recorrido maravillosas ciudades, conocido gente con diferentes

costumbres, salvado peligrosos obstáculos y vivido extraordinarias aventuras; mientras la princesa había permanecido dentro del castillo esperando pacientemente a que su héroe llegara a salvarla.

-¿Qué te pasa Elisa? -dijo extrañada la niña.

-Me preguntaba si vivieron felices por siempre.

-¿Y estás pensando que quisieras ser como la princesa? -interrogó.

-No Adrianita -respondió Elisa con cariño-, desde ahora yo quiero ser como el príncipe.



La presente edición consta de 3.000 ejemplares
y estuvo al cuidado de la

DIRECCIÓN EJECUTIVA DE EDUCACIÓN CÍVICA
Y CAPACITACIÓN ELECTORAL

del

INSTITUTO ELECTORAL DE QUERÉTARO